

LÍRICA Y METAFÍSICA: LA DÉBIL FRONTERA.

Ángel González Fernández.

Universidad de Santiago

De Ramón Piñeiro puede decirse que era un hombre, una figura, en la frontera de múltiples aficiones y de múltiples dedicaciones. Estaba, en efecto, en la frontera entre la dedicación intelectual, la filosófica, y la práctica política, dentro de un nacionalismo integrador. Su labor intelectual se movía, a su vez, en la frontera entre la dedicación filosófica, que entendió siempre que era lo suyo, y la aplicación devota al estudio de la tradición cultural gallega, que él consideró centrada, fundamentalmente, en la producción lírica. Esta doble posición fronteriza marca decisivamente su pensamiento, del que puede decirse que contribuye eficazmente a demostrar la debilidad de la frontera entre la lírica y la metafísica.

Toda la labor filosófica de Ramón Piñeiro respondió a su preocupación por abrir, también en el campo del pensamiento, un cauce a través del cual Galicia pudiese hacer, desde sí misma, una aportación significativa a la cultura universal. Esta aportación debería estar, por un lado, en condiciones de ser apreciada por toda la comunidad filosófica, al contribuir a desentrañar aspectos del gran misterio de la realidad y del ser humano en general, y debería, por otra parte, articularse en concordancia con las peculiaridades de nuestra cultura, que responden, en definitiva, a las que configuran el hombre galaico.

En este propósito de incidir en la universalidad, partiendo precisamente de la particularidad y la diferencia personalizadora, coincidía Ramón Piñeiro con lo que en su momento había sido convicción en los hombres de la generación Nós y que Castelao, por ejemplo, expresaba al consignar que Galicia tiene el deber de *contribuir a la civilización universal* y que esto sólo se podrá conseguir cultivando *nuestro genio permanente*. Esta articulación de lo particular en lo universal se consideraba perfectamente factible: *eu creo, e repito con Heine, que desde a máis pequena fiestra pode contemplarse a inmensidade do ceo como desde a máis pequena terra se pode comprender a grandeza do mundo*¹.

¹ Castelao, *Sempre en Galiza*, Galaxia, Vigo, 4ª edic., 1994, p. 230.

En concordancia con estos mismos convencimientos, entiende Ramón Piñeiro que la contribución gallega a la filosofía tendrá que venir, fundamentalmente, de la parte de aquello que define las peculiaridades de nuestra implantación en el mundo de la cultura. La singularidad filosófica de cada pueblo -decía- puede expresarse a través de la *constancia de ciertas características en el desarrollo de su pensamiento*, formalmente configurado como filosofía (y así se puede hablar de *racionalismo cartesiano francés, criticismo e idealismo alemán, empirismo inglés, pragmatismo americano*, etc.), o bien, en casos como el de Galicia, en que no ha habido mucha actividad filosófica de carácter formal, puede expresarse en lo que son *las raíces espirituales en que se hunden las creaciones culturales* que personalizan a estos pueblos². La actividad especulativa que llamamos filosofía formal no es, en definitiva, otra cosa -dice- que una ulterior *elaboración lógica y sistemática* de lo que resulta ser, en el fondo, la peculiar forma de enfrentamiento que los pueblos tienen con la realidad y que está en la raíz de todas sus grandes realizaciones en el mundo de la cultura.

Situados en esta perspectiva entiende Ramón Piñeiro que, del mismo modo que el posicionamiento ante la realidad que corresponde al pueblo griego fue el racional o teórico y el que toca al pueblo alemán sería más bien el volitivo, aquel que pertenece a la comunidad gallego-portuguesa sería sin duda la dimensión sentimental. El sentimiento está más en la línea de la vivenciación o en la de la captación vivenciadora que en la actividad especulativa o en la elaboración teórica. Ramón Piñeiro habla expresamente, en relación con las peculiaridades de la cultura galaica, de *vivencia metafísica*, juntando, en aparente paradoja, el plano de la abstracción cognitiva y el de la pura vivenciación, que es con frecuencia no-racional e exige, en todo caso, atención al orden de lo concreto.

La acentuación de la dimensión sentimental que se produce en el hombre y en la cultura galaicos hizo, precisamente, que

a súa creación cultural máis alta fose a lírica, e por iso a súa nota espiritual máis xenuína é a saudade, ou sexa, a “sentimentalidade pura”. O estado sentimental puro non se pode expresar conceptualmente, só podería “comunicarse” musicalmente ou líricamente. Música e poesía lírica deben de ser notas distintivas da espiritualidade galiciana, feito que se comproba polas manifestacións culturais que xorden espontaneamente da comunidade espiritual, como ocorre co folclore popular ou coa lingua, pois a gran musicalidade e singularísimas calidades líricas da lingua galega son froito dese predominio sentimental común.³

² *Filosofía da saudade*, Galaxia, Vigo, 1984, p. 22-23.

³ *Ibidem*, p. 33.

Esta decantación de la cultura gallega por la línea del sentimiento no tiene porqué abocarla, sin embargo, al irracionalismo vitalista, con renuncia a lo que pueda implicar exploración cognitiva y desarrollo teórico. Piensa Ramón Piñeiro que, por contra, la aproxima decisivamente a la perspectiva de la filosofía existencial, por entonces tan extendida por toda Europa, y que entra en Galicia de la mano, precisamente, de Ramón Piñeiro y de Celestino Fernández de la Vega⁴.

El existencialismo es expresamente reconocido por Ramón Piñeiro como una filosofía en que la pretensión de exploración cognitiva del ser, en línea con la metafísica griega, se hace a partir fundamentalmente de la penetración en ese *ser-ahí* que es, precisamente, el ser humano, la concreción y manifestación más cualificada del ser. Esto remite directamente al terreno de la vivencia :

A captación dese ser do home –Existencia ou *Dasein*- non se acada por vía conceptual senón que se nos manifesta por unha vivencia radical, por un sentimento último que no lo revela (angustia, engullo, fracaso, etc.).

Celestino F. De la Vega y Ramón Piñeiro caen pronto en la cuenta de que en la conformación espiritual del hombre galaico y, por eso mismo, en las determinantes fundamentales de la lírica gallego-portuguesa, que está en la base de nuestra cultura, hay una *vivencia radical* susceptible de una proyección funcional muy similar a la angustia de Heidegger, a la vivencia del fracaso de Jaspers o a la misma náusea sartriana. Se trata de la *saudade*. Celestino llega incluso a identificar angustia y *saudade* como conceptos o realidades existenciales.

Ramón Piñeiro demuestra que, aun no siendo la misma cosa, la angustia y la *saudade* pueden, no obstante, desempeñar una función radicalizadora muy similar, en el sentido de que ambas proporcionan un contacto prerracional con la dimensión íntima del ser humano, haciendo posible la vivenciación de su configuración ontológica. En relación con esto piensa Piñeiro que el existencialismo no dio, por ahora, de forma plena con el fundamento antropológico-vivencial de la filosofía. Y señala, al mismo tiempo, el enorme interés que en esa línea podrían llegar a tener las aportaciones de una filosofía gallega que estuviese fundada sobre los mecanismos de exploración antropológica y óptica que se ofrecen a través de una profundización en la vivencia de la “*saudade*” y de su expresión en lírica.

En la dirección en que apuntan estos convencimientos es fácil ver cómo se perfilan los tres grandes objetivos del proyecto filosófico de Ramón Piñeiro:

⁴ En 1956 se publica la versión al gallego del libro de Heidegger *La esencia de la verdad*, con prólogo y notas de R. Piñeiro y de Celestino F. De la Vega y para el que el propio Heidegger escribe un prólogo específico. De esta traducción hará elogiosa mención el propio Xavier Zubiri, quien, según el testimonio de García Sabell, destaca en el gallego la *especial plasticidad en los juegos preposicionales y sintácticos que exigen los textos de Heidegger*.

En primer lugar, se trata de lograr una concienciación plena y cabal acerca de cuáles son y cómo se presentan las peculiares formas de darse en el hombre galaico los componentes fundamentales del ser humano en general. Estas peculiaridades han de rastrearse en nuestras grandes creaciones culturales, entre las que cuenta fundamentalmente la lírica.

En segundo lugar, se pretende una aportación decisiva a la filosofía universal, en la línea de la exploración del sentimiento, una dimensión humana tradicionalmente postergada, cuando menos en la filosofía occidental, ante la razón y la voluntad. Es curioso constatar en este sentido la proximidad de la postura de Ramón Piñeiro a la de María Zambrano, una pensadora que pretende ir también de forma decidida hacia un asentamiento de la filosofía en el plano del sentimiento que la haga más próxima a la poesía o, mejor dicho, que pueda contribuir a la reunificación de poesía y filosofía, situándose más allá de la posición de “dramático conflicto” en que fueron colocadas⁵, cuando de hecho las dos resultan imprescindibles y no se sabría decir cuál de ellas está más hondamente enraizada en el vivir humano. Este posicionamiento conduce a María Zambrano a propugnar una especie de “razón poética” que conduzca a un tipo de pensamiento que asiente sobre la “esencia estremecida de un hombre que porta en sí mismo la oscura entraña de un sentir, fruto de una vieja tradición cultural, un sentir hecho médula de su propio ser”⁶. Este tipo de racionalidad alimentada de sentimiento, o este sentimiento que puede aflorar en racionalidad no andan nada lejos de las posiciones del raciovitalismo orteguiano y ayudan, desde luego, a entender el proyecto de “metafísica del sentimiento” que Ramón Piñeiro propugnaba. En el fondo, y en la forma también, nuestro autor parte de la indiscutible proximidad, por no decir unidad, de la poesía y la filosofía; estaba convencido de que auténticos raudales de pensamiento filosófico circulan por los versos de nuestros líricos.

Piñeiro pretende, por último, una decisiva incardinación del quehacer filosófico que así se perfila en la corriente de la filosofía existencialista, en que, sin renuncia al gran objetivo de la tradición metafísica de búsqueda del ser en cuanto ser, se acepte como inexcusable vía la exploración fenomenológica de ese *ser-ahí*, concreto, que es el ser humano. Éste, en la opinión de nuestro autor, resulta captable, más que a través de la angustia o de la náusea, a través de la saudade, que es la vivencia en que se aprecia el hecho de la *concretez* óptica que corresponde al ente humano. Esta atención al plano de la *concretez*, al de la singularidad individual, también fortalece la relación entre filosofía y poesía y aproxima las posiciones de Piñeiro a las de María Zambrano, que veía la necesidad de completar el sentido de universalidad con

⁵ María Zambrano, *Filosofía y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 14.

⁶ Juan Fernando Ortega Muñoz, *Filosofía y Poesía en María Zambrano*, en *Filosofía y Poesía*, Fundación Fernando Rielo, Madrid, 1994, p. 35

que la filosofía aborda la problemática del ser humano, con la atención directa al nivel de la individualidad en que la poesía suele moverse⁷.

Por lo que respecta a Piñeiro la modalidad del ser en concreción o en individuación se le revela justamente como experiencia de *soidade*, de soledad óntica:

Sáibase que nós non entendemos por soidade a simple “perda ou ausencia de algo obxectivo”, senón o arreconchegamento na propia intimidade, o vivir –sentíndoa- a singularidade individual que un mesmo é⁸.

Moviéndose en esta dirección delinea Ramón Piñeiro los fundamentos de una filosofía de la saudade, siguiendo, también al modo existencialista, un método fundamentalmente fenomenológico: yendo desde la constatación descriptiva del plano vivencial de la saudade hacia la intuición de lo que es la configuración óntica del ente humano que en ella se refleja. Son, así, exigencias metodológicas las que lo llevan a entrar en el análisis de las peculiaridades y diferencias de la saudade tal como aparecen reflejadas en su expresión en forma de lírica. Y puede decirse, por eso, que es hondamente heideggeriana la pretensión de captación de la realidad a través de su especial comparecencia en el arte y, singularmente, en el arte de la palabra. La palabra es la gran portadora del ser⁹. Con referencia a la lírica galaico-portuguesa consignará explícitamente que

se esculcamos con lecer na lírica chegaremos a dexergar a nosa intimidade esencial, pois ó facermos a esculca axiña apreciaremos que unha das súas calidades é a de expresar poeticamente unha vivencia anímica que nós chamamos Saudade e que é, entre as vivencias espontáneas da natureza humana, a que mellor recolle o peculiar matiz de sentimentalidade que caracteriza ó espírito galaico-portugués. A consideración da nosa cultura descóbrenos o valor sobranceiro da lírica entremedias das creacións por nós realizadas; a consideración da lírica descóbrenos a nota espiritual tipicamente nosa: a saudade¹⁰.

Al lector que pretenda introducirse en las páginas de Ramón Piñeiro le será de gran utilidad estar atento a la equivalencia que nuestro autor establece entre las especificaciones de la lírica (los tipos de lírica) y las de la saudade, esto es, las

⁷ María Zambrano, o.c., p. 13.

⁸ *Olladas no futuro*, Galaxia, Vigo, 1974, p. 143-144.

⁹ Heidegger escribe, en este sentido, que “la verdad, entendida como claridad y desocultamiento del ser, ocurre al ser *poetizada*”. La lengua no es un mero medio de comunicación, sino que antes que nada patentiza el ente en cuanto ente... “La poesía es, así, la narración del desocultamiento del ente” (*Holzwege*, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1952, p. 59).

¹⁰ *Filosofía da saudade*, p. 23.

diferentes modalidades que se dan en este sentimiento: desde aquélla que no trasciende el plano psicológico (el de los sentimientos de la persona en relación con las realidades concretas que la afectan) hasta la saudade metafísica, en que el sujeto vivencia en sí, normalmente en forma de soledad (insuperable *soidade*), la condición óntica de la concreción, de la singularidad o individuación, es decir, la hominidad hecha realidad personal o, más radicalmente, el ser en cuanto dado en la forma o modalidad del ente singular.

Ramón Piñeiro habla de *lirica pura* cuando se refiere a la puesta expresiva de la *saudade óntica*, aquélla que no se detiene en el plano de la coloración efectiva (alegría, dolor, esperanza, desengaño, queja, etc.) provocada en un sujeto en función de la modalidad de su relación con una determinada persona u objeto. La *saudade óntica* responde a la vivenciación de la soledad que es inherente al ser concreto que somos cada uno de nosotros, en función, precisamente, de la misma concreción individualizada en que consistimos. Concreción implica, en efecto, singularización, situación diferenciada e incluso un irreducible aislamiento, no sólo respecto de los demás entes, sino sobre todo respecto de la universalidad del ser, esto es, del ser trascendental del que cada uno proviene y en el que en definitiva se fundamenta:

Saudade e lirismo son, pois, dúas etapas dunha mesma cousa: a vivencia e a expresión da intimidade do ser humano, da súa *soidade* ontolóxica. Pero esta *soidade* é *soidade* relativa ó Ser, do que o home ven ser unha concreción individual, unha singularidade solitaria, algo así como unha bágoa desprendida, “caída” do Ser. Así o percibiron os místicos, que, xa desde Platón, sempre viron nesa concreción individual do home unha especie de cárcere do Ser.¹¹

Es fundamental en el pensamiento de Ramón Piñeiro que la vivenciación de la soledad constitutiva del ente humano, en cuanto concreción singularizadora (y así también separadora) del ser (del Ser, con mayúscula, según acostumbra a escribir Piñeiro) lleva en sí misma un profundo sentido aspiracional o de trascendencia, en que se pretende una reintegración y absorción en la trascendentalidad que sólo al Ser corresponde realmente:

Tamén a *saudade*, en canto que é a vivencia desa *soidade* do Ser, ten un valor de arreguizamento ontolóxico, algo así como unha lene onda que ascende da vida e que vai envolvendo todo o ser do home nunha perenne arela do Ser, esgotando a súa existencia temporal nun esforzo de trascendencia.¹²

¹¹ *Ibidem*, p. 36.

¹² *Ibidem*, p. 36.

No es extraño que, en relación con esto, haga Piñeiro referencia explícita a Platón. Presente y operante aquí estaría, en efecto, la visión platónica del hombre como “cárcel del ser”, esto es, como concreción singularizadora, que sería también separada, si no fuese que se resuelve al mismo tiempo en *eros*: anamnesis y aspiración de restablecimiento óntico en la unidad original, insuperable horizonte de la mística platónica y neoplatónica de todos los tiempos. Ahí está la forma en que en la aspiración ascensional al Ser, el *arreiguamento óntico* que constituye la saudade pura, van inseparablemente presentes el sentimiento de soledad y también el inaplacable sentido de aspiración o trascendencia.

Esta aspiración y este afán de trascenderse como entidad individual y concreta están esencialmente marcadas por el indeleble signo de la imposibilidad que pendía ya sobre el *eros* platónico. La saudade se inscribe, así, entre las tendencias de satisfacción imposible, pero que ponen, sin embargo, en el ser humano, la configuración aspiracional de la que tanto hablaba Platón.

Resulta igualmente curioso constatar que también en las pretensiones de María Zambrano figura como fundamental la de fusionar en una sola la tendencia de la poesía a la singularidad (y, por lo mismo, a la multiplicidad de los entes individuales) y la de la filosofía a la universalidad o a la trascendencia, esto es a la unidad abarcadora¹³. La fusión de los dos planos conduce en Ramón Piñeiro a una auténtica línea de continuidad armónica: no habrá frontera entre la singularidad poética y la unidad en que la filosofía pretende instalarse. De lo que se trata es, precisamente, de no perder por una absurda separación a ninguna de las dos.

Ramón Piñeiro considera que una de las maneras de situarse, de forma trascendedora, más allá de la soledad ontológica del ente individual que somos es, precisamente, su puesta expresiva en lírica; la lírica *pura*:

O home ó expresar, ó comunicar a súa intimidade sentimental, que é o que a lírica reflexa, realiza o primeiro acto da súa transcendencia, ou, se se quere, da súa *apertura*¹⁴.

Pero en la dirección de ese insaciable afán de trascendencia caben muchas formas de realización de carácter parcial. Estas pueden producirse, por ejemplo, por vía noética o por vía volitiva. En este sentido refiere Ramón Piñeiro a la trascendencia volitivo-expresiva, que desemboca en la acción, y a la trascendencia cognitivo-estimativa, o incluso a la cognitivo-intelectual. Formas concretas de intentar el sobrepasamiento de la soledad constitutiva son igualmente las realizaciones, en el plano psicológico, de la trascendencia amorosa en sus distintas modalidades.

¹³ María Zambrano, *Filosofía y Poesía*, pp. 19-20.

¹⁴ *Filosofía da saudade*, p. 118.

Pero, en el fondo, todas las facultades humanas y todos los resortes de la acción llevan óptica y operativamente prefigurada la orientación a la trascendencia, en el más radical y pleno de sus sentidos:

A esencia da vontade é a liberdade e só no libre exercicio conquire o seu fin. A vontade tende de seu á transcendencia, mais a transcendencia pura, a transcendencia ontolóxica, só a acada pola vivencia mística, polo contacto co Ser¹⁵.

Esto quiere decir que, en definitiva, las distintas formas de trascenderse son otros tantos intentos de superar la *soidade* óptica inherente a la condición de la individualidad en que el ser humano se da y responden, en último término, a las distintas formas en que se deja sentir, en el plano psicológico, la inevitable repercusión de aquella soledad metafísica. Es esto lo que también se aprecia en las caracterizadas especificaciones de la saudade que son típicas de la poesía lírica: la saudade del amor, la saudade de la tierra, la de la casa, la de los amigos, la de todas aquellas realidades próximas, íntimas, que, físicamente lejos de uno y ausentes en un determinado momento, se hacen no obstante vivencialmente presentes justamente en esa ausencia, tan hondamente sentida. Cada una de ellas, por vía indirecta, está reproduciendo y haciendo revivenciar alguna de las dimensiones de aquella soledad radical que nos es indeclinablemente constitutiva. Las distintas especificaciones líricas serían, por lo tanto, derivaciones epifenoménicas de la lírica *pura*. Por eso constituyen también las únicas vías de que disponemos para la exploración del misterioso territorio de la saudade:

En Galicia temos poesía e sentimos amor polos nosos poetas, pois que foron feles ao seu papel representativo da nosa espiritualidade xenuína. Por eles sabemos da nosa saudade e das outras notas distintivas que nos caracterizan entre os demais pobos; eles son os creadores da nosa lírica, que é, polo de agora, a creación máis alta do espírito galego, a que mellor nos define culturalmente¹⁶.

Ramón Piñeiro acostumbra a presentar versos de Rosalía como ejemplo de las modalidades líricas a que se va refiriendo. Y, desde luego, dentro de la perspectiva en que ahora mismo pretendemos situarnos, los textos rosalianos que nuestro autor selecciona son de gran potencialidad expresiva: sería imposible dar con una forma más ajustada de captar la indisoluble conjunción de la lírica y la *vivencia metafísica* implicada en la saudade.

Hay, así, pasajes de la obra rosaliana que Piñeiro presenta como formas expresivas directas de la vivenciación de una saudade de pleno alcance ontológico.

¹⁵ *Olladas no futuro*, p. 30.

¹⁶ *Ibidem*, p. 15.

Son ellas, en verdad, resultado de la *vivencia espontánea, inicial, previa a toda trascendencia, que ten o home da súa singularidade, da súa soidade ontolóxica, aló na raíz da súa intimidade sentimental.*

Las condiciones óticas que suscitan esta vivencia metafísica se nos muestran en algunos de los textos da Rosalía seleccionados por Ramón Piñeiro a modo de *sombra*, de inacabable sombra: *a noite que nunca se acaba*:

Desde entonces busquei as tiniebras
 máis negras e fondas
 e busqueinas en vano que sempre
 tras da noite topaba coa aurora...
 Só en min mesma buscando no escuro
 I entrando na sombra
 Vin a noite que nunca se acaba
 Na miña alma soia.

Sombra, tiniebla, noite, o escuro son imágenes típicamente rosalianas, pero de muy honda radicación también en la cultura occidental. Sombra era la realidad de la caverna platónica, esto es, la pseudorealidad, la limitación, el no-ser, contrapuesto al ser, que en Platón y en los platonismos se nos presentaba, por contra, como *luz*, como *sol*: *Sol del mundo inteligible*, llamaba Platón a la Idea suprema, a la realidad fontanal: la Idea de Bien. Así como el sol es fuente de luminosidad y vida, el Bien, afectado intrínsecamente de la misma *difusividad*, se constituye por eso mismo en fuente de realidad, de ser. El ser y el bien son *convertibles*.

Las imágenes de la *luz*, en el sentido de ser, y *sombra*, referida al no-ser, forman parte de nuestro acervo cultural y son constantes en la literatura de todos los tiempos. *Sombra*, igual que *ilusión* y *ficción*, y con su mismo sentido, es expresión utilizada por Calderón y otros autores del Siglo de Oro de la literatura española para referirse a la realidad presente, que es, en el fondo, pseudorealidad en comparación con la eternidad, el ser en sí, sin concreción ni límite.

Rosalía habla en una ocasión incluso de *sombra que siempre me asombras*, algo que, en la línea de lo que ahora señalamos, es preciso entender en el terrorífico sentido metafísico de “sombra que me reduces ala condición de sombra”, o incluso de “nada que me aniquilas”, o aún, en un sentido muy próximo a la *nada nadeante* de Sartre: “non-ser que me haces dejar de ser”. Esta *sombra que asombra* nos es presentada en el poema como una omnipresente y, así, insuperable sombra, justo en el mismo sentido que la *noite que nunca se acaba*, que aparece en los versos analizados por Piñeiro.

La sombra de la *noite que nunca se acaba* aparece en el poema rosaliano en contrastante sentido con las otras sombras: *as tiniebras máis negras e fondas* que,

por más hondas y negras que parezcan, siempre, al cabo, dan paso a la aurora. No son ellas sombras al nivel de la inacabable sombra. Aún así la poeta se queja, en versos anteriores, dentro del mismo poema, de la *luz insolente do día, constante e traidora...*, que pone ilusión de que se acaba todo lo que de hecho es inacabable.

La condición individual del ser (condición, así, concreta, singular y limitada), tal como se da en cada uno de los seres humanos, es vivenciada con caracteres muy próximos a los que en la tradición escolástica se atribuían a la modalidad del ser *contingente*: es ser y no-ser; ser limitado, no sólo por el hecho de tener comienzo en el tiempo y tener fin, sino y sobre todo por ser una forma precaria de tener y de ejercer el ser, como corresponde a un ser *descolgado* del Ser: puesto fuera de la plenitud del Ser, colocado en el yermo (*sombra*) de la nada envolvente, a modo de *bágoa desprendida do Ser*, como Piñeiro suele decir.

Este desprendimiento o *ex-sistencia*, en el heideggeriano sentido tan de la estima de Ramón Piñeiro, y que se traduce en individualidad óptica y en concretez, comporta, frente a la inmensidad trascendental y plenificante del Ser, la realización en soledad que corresponde al ente singular. La singularidad es diferencia y esta diferencia respecto del ser no puede ser otra que el no-ser: *a miña alma soia*, dada en el medio de una *noite que nunca se acaba*, é a *pinga*, la gota del ser en que consistimos, flotando solitaria sobre el ámbito del no-ser.

También por su parte María Zambrano constataba que la recuperación de la poesía por la filosofía trae consigo la posibilidad de abrirse al no-ser. El racionalismo propio de la filosofía tradicional, de raíz platónica, es indagación sobre el ser, esto es, sobre lo que resulta patente a luz de la razón; ya Parménides establecía que la vía de la racionalidad es la del ser y nada más. “El poeta, por el contrario, quiere una, cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción ni renuncia alguna [.....] Quiere la realidad, pero la realidad poética no es sólo lo que hay, la que es; sino (además) lo que no es; *abarca el ser y el no-ser* en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás. El poeta saca de la humillación del no-ser a lo que en él gime, saca de la nada a la nada misma y le da nombre y rostro”¹⁷.

Esta *noite que nunca se acaba*, que hace que caigamos en cuenta de nuestra condición individual y, por lo tanto, *en soidade*, será llamada, en la segunda de las estrofas rosalianas escogidas por Ramón Piñeiro, *o simeterio da nada*:

Cava lixeiro, cava,
xigante pensamento;
cava un fondo burato onde a memoria
do pasado enterremos.

¹⁷ María Zambrano, o.c., pp. 22-23.

¡Á terra cos defuntos!
 ¡Cava, cava lixeiro!
 E por lousa daraslle o negro esquezo
 I a nada lle darás por simeterio.

El *xigante pensamento*, en oficio aquí de enterrador, es impulsado a enterrar la *memoria do pasado*. Y es que el pasado, contra lo que pudiera parecer a otro que non sea, precisamente, el *xigante pensamento*, se inscribe en el ámbito del no-ser.

Las filosofías vitalistas subrayaron que el ser humano cae en la ilusión de considerar que el mantenimiento intencional y la revivenciación del pasado son la forma más efectiva de incrementar la precaria entidad del presente, que no es, propiamente, más que la estrechísima divisoria entre el pasado y el futuro. Pero, en realidad de verdad, si el futuro aún no es, el pasado ya dejó de ser: *¡Á terra cos defuntos!*, proclama, por lo mismo, la poeta.

Una vez que la memoria del pasado descienda al *fondo burato*, bajo la losa del *negro esquezo*, quedará enterrada en el *cimiterio da nada*. El entierro de aquello que fuimos y ya no somos deja en patética evidencia la precariedad extrema de nuestro consistir. No es sólo que estemos abocados a estar perennemente dejando de ser, inseparables vecinos de la nada, que es la forma más radical de soledad que cabe. Es que además, separados del ser, estamos incluso más allá de nosotros mismos: en esa dimensión de nosotros que inexorablemente se pierde, instante tras instante, en la nada. Esta autoseparación desintegradora que nos hace extraños a nosotros y a lo nuestro y que nos va sepultando en el cementerio de la nada resulta una de las más expresivas formas de la soledad ontológica. Su vivenciación inunda a nuestra poeta de *saudade, saudade pura*.

En la tercera de las estrofas analizadas nos presenta Ramón Piñeiro un clarísimo ejemplo de la forma en que cabe distinguir en la misma Rosalía lo que son las distintas formas de la soledad psicológica y lo que es la soledad en sentido metafísico, puesta de manifiesto en forma de lírica pura.

La *saudade* de nivel psicológico nos es presentada por Ramón Piñeiro como el sentimiento que se suscita en un sujeto determinado en relación con la no presencia actual del objeto que normalmente da satisfacción a su necesidad operativa de trascendencia. Estas formas de *saudade* requieren la intervención de determinadas facultades: de la memoria (las modalidades del recuerdo) o de la voluntad (incluso del deseo), en forma de aspiración, pretensión de posesión o conquista, etc. En este sentido habla Piñeiro de:

AÑORANZA: do ser amado (ausente, morto ou desviado), do ben perdido (A mocidade, a felicidade pasada, o agarimo materno), etc.

NOSTALXIA: da Terra lonxana, do eido nativo, etc.

ARELA: de felicidade ideal, de perfección ilimitada, etc.

En calquera dos casos comprendidos nestas tres formas, a soidade do suxeito prodúcese pola presenza do obxecto, ten unha motivación obxectiva. Polo mesmo, o sentimento de cada un destes modos de soidade virá sendo unha forma de saudade; saudade añorativa, saudade nostálgica, saudade arelante¹⁸.

Es fácil apreciar cómo se reflicta este nivel de saudade, con sus especificaciones, en los versos de Rosalía con que Ramón Piñeiro ilustra su disertación:

Algúns din: ¡miña terra!
 Din outros: ¡meu cariño!
 I este: ¡miñas lembranzas!
 I aquel: ¡os meus amigos!
 Todos suspiran todos,
 por algún ben perdido.

Pero también se aprecia fácilmente en los versos que siguen inmediatamente a estos la otra dimensión radical, *pura*, del sentimiento: la percepción íntima, por parte da poeta, de su condición ontológica. Aquí no hay objetos, a modo de realidades distintas y distantes. No: se trata ahora de la vivenciación de la *soidade que se dá na intimidade da persoa*. No es la saudade de algo; es el propio *ser-en-soidade*; en insuperable soledad. Se trata de un inefable sentir:

Eu só non digo nada,
 Eu só nunca suspiro,
 que o meu corpo de terra
 i o meu cansado espírito,
 a donde quer que eu vaia
 van comigo.

La poeta vivencia las limitaciones óticas connaturales al ser humano, en cuanto dado en la insuperable precariedad de alma y cuerpo que es inherente a la individualidad. No puede escapar (trascender) del propio cuerpo y del propio espíritu. Ser el propio cuerpo (en su irrepitible singularidad) y el propio espíritu (*cansado*, en función de una singular e irrepitible biografía) es ser, darse, en la condición de la unicidad; casi se podría hablar, por su irrepitible carácter, de excepcionalidad. La apreciación sentimental de esta radical, *pura*, soledad es lo que Ramón Piñeiro llama saudade en sentido ontológico.

Darse en radical soledad es como darse *en deserto*. Sólo desierto puede ser, en efecto, la alternativa al Ser; esa alternativa en la que viene a parar el ente individual que *ex-siste*; que se da más-allá-de, desprendido, puesto fuera del acariciante y

¹⁸ *Filosofía da saudade*, p. 48..

plenificador ámbito del ser, del trascendental e incommensurable Ser, con mayúscula, a que Ramón Piñeiro se refiere:

Contenta, el negro nido busca el ave agorera;
bien reposa la fiera en el antro escondido;
en su sepulcro el muerto; el triste en el olvido,
y mi alma en su desierto.

Todas las criaturas están proyectadas sobre algo a modo de acogedor ámbito vivencial, que, por encima de su precaria confortabilidad objetiva (*negro nido, sepulcro, antro...*), prestan apoyatura óptica y hasta quizás ilusión de consistencia en las aves, en los muertos, en las fieras. Sólo el ser humano vive en la clarividente advertencia de su irreducible singularidad, imposibilitada para una prolongación proyectiva en nada. Es como darse en el desierto. La dimensión ontológica de esta soledad la torna mucho más profunda que aquella que compete a los muertos, o a las fieras, y aun al triste, de algún modo reconfortado en la aislante y nadificadora atmósfera del olvido.

Con independencia de estas formas de vivenciación de carácter metafísico, Ramón Piñeiro ve también en Rosalía otras de las más significativas especificaciones de la saudade en nivel psicológico:

Referíndose (Rosalía) ós poemas de *Follas Novas* di: “Escritos no deserto de Castilla, pensados e sentidos nas soidades da Natureza e do meu corazón...” Nos seus poemas expresa clara e insistentemente dúas maneiras de soidade: a soidade de amor e a soidade da terra.¹⁹

Selecciona, con referencia concreta a la saudade de amor, estos expresivos versos:

Cala rula, os teus arrulos
ganas de morrer me dan;
cala grilo, que si cantas
“sinto negras soidás”.
O meu homiño perdeuse,
Ninguén sabe onde vai...

Ramón Piñeiro considera que, justamente, la salida a la naturaleza, e incluso la instalación en ella, son uno de los grandes resortes que suscitan la vivencia de la propia saudade y, por eso mismo, de la expresión lírica a que el hombre galaico suele entregarse:

Pódese dicir que o home galego vive individualmente inmerso na natureza; mais que sometido á presión do ambiente social, vive sometido

¹⁹*Ibidem*, p. 114.

á presión do ambiente cósmico. Isto dá lugar a dous tipos de experiencias: por unha banda, o sentimento de soidade é máis inmediato e pleno fronte á natureza que fronte ós demais homes. Por outra banda, a comunicación, o diálogo coa natureza é, en realidade, un puro monólogo, un falar consigo mesmo, unha forma de proxectar fóra a propia intimidade. Ambas experiencias, compartidas por gran parte da poboación galega e repetidas ao longo do tempo, favorecen a vivencia da intimidade –a soidade- e favorecen a súa expresión –o lirismo-²⁰.

La poeta manda callar a la tórtola y manda callar al grillo, en una clara voluntad de renuncia a aquello que de algún modo puede resultar lenitivo del sentimiento saudoso, impidiendo por eso mismo la apreciación de la gran soledad que pone en ella la ausencia de su amor. La saudade, en este sentido psicológico al que Ramón Piñeiro se refiere, es la gran forma de “gardar ausencias”, es decir, de dejar operar dentro de uno mismo la acariciante presencia de la realidad amada y ausente. Poner remedio, por minúsculo que sea, al sentido de esta gran soledad implicaría también, correlativamente, desdibujar la memoria en que lo físicamente ausente se hace operativamente presente.

Entre las realidades objetivas que en principio parecen poder mediar entre lo ausente y su rendido y saudoso amante están las cosas que a aquél le son más próximas: sus *campos*, su *casa*, sus *nabales*...Le resultan a la amante inaguantables todas estas realidades que en principio parecen acercar y, en el fondo, separan; queriendo aproximar al amado en realidad distraen, obstaculizan la inmediatez de su presencia, en forma de memoria viva:

Daquí vexo os seus campos,
daquí vexo a súa casa, os seus nabals;
“e se alá de soidás me consumo”,
ora de pena me consumo acá.
¡Voume!... Voume da aldea...
“Pois mórrome sin el de soidás”.
¡Como pode un, ¡Dios mío!, querer tanto
ós que tan só nos saben olvidar!

Las realidades añoradas se le hacen al saudoso tan sentidamente presentes que las ve fácilmente cerrando los ojos. Los ojos abiertos atan, en efecto, a la sensorialidad actual e inmediata entorpeciendo el acercamiento perceptivo a lo afectivamente próximo y no *de facto* presente.

Pechei os ollos e vin...
Vin fontes, prados e veigas
Tendidos ó pé de min.

²⁰ *Olladas no futuro*, p. 144.

Mais cando a abrilos tornei,
 “morrendo de soidades,
 toda a chorar me matei.
 E non parei de chorar
 Nunca astra que de Castela
 houbéronme de levar.
 Leváronme para nela,
 Non me teren que enterrar.

Acontece, por otra parte, que en la ausencia de paisajes amigos, los otros, presentes, ejercen una función destructiva, opresora y anuladora. Rosalía emplea, una vez más, el verbo *asombrar*, en el patente sentido de ensombrecer, es decir, reducir a la condición de sombra, de no-ser, como más arriba veíamos. Anulan e incluso destruyen a la poeta las cosas de la villa (*as casas cos seus muros, as torres e as igrexas*), que le quitan de delante las otras: las humildes realidades familiares y complementantes... Es otra forma de revelársenos la condición menesterosa, ónticamente precaria, del ser humano:

“De soidás morriáse”
 na vila sospirando pola aldea,
 asómbrábana as casas cos seus muros,
 asómbrábana as torres e as igrexas.

El grado más avanzado de proximidad a la vivencia de la saudade pura se da sin duda, dentro del nivel propiamente psicológico, en esa forma de *saudade que en nós esperta a arela dun ben ideal que non podemos acadar, sentimento que Rosalía expresaba ben ás claras*:

Yo no sé lo que busco eternamente
 en la tierra, en el aire y en el cielo;
 yo no sé lo que busco, pero es algo
 que perdí no sé cuando y que no encuentro,
 aun cuando sueñe que invisible habita
 en todo cuanto toco y cuanto veo.

Ramón Piñeiro interpreta que en este *non-sei-que* al que la poeta se remite *non ven haber outra cousa que unha arela de Felicidade*. E engade *que esta arela, tan entrañablemente humana, vivida e expresada en tódolos seus matices, desde a ilusión e o desengano, é unha das máis inesgotables fontes da poesía lírica*²¹.

A poco que se escarbe en la dimensión psicológica de la saudade asoma ya la propiamente metafísica. El yo dolorido de la poeta se convierte al momento en la condición humana universal o, más allá aún en el orden óntico, ese Yo dolorido no representa ya otra cosa que no sea, simplemente, el ser de individual y concreta

²¹ *Filosofía da saudade*, p. 119.

condición, *bágoa desprendida do Ser*. Y, por su lado, aquella *arela de felicidade* no será más que el *arreguizamento óptico*, de que habla Piñeiro, que se proyecta al ente humano hacia el rencuentro, la unión mística, con el Ser. El Ser ausente y pretendido como horizonte de trascendencia es, en el fondo, el gran suscitador de toda saudade.